

alpargatas fabricadas de henequén ó cuero de venado sin curtir.

Las mujeres vestían enaguas blancas de algodón, abiertas por los lados, y atadas en la cintura. Algunas, especialmente en la provincia de Kin Pech y Bakhalal usaban, además, un paño de algodón ancho y cuadrado, que, colocado por delante del seno, y pasando dos extremidades por encima de los hombros, y las otras dos por las axilas, se anudaba por la espalda. Al salir de casa, llevaban en la mano un lienzo arrollado y bien doblado, del cual nunca acaecía se olvidasen: como la toca actualmente, era para ellas aquel lienzo el distintivo del sexo. Labrábanse el cuerpo, de la cintura arriba, con finos y exquisitos dibujos, y, amantes de los perfumes, se ungían con bálsamo compuesto de greda roja y resina de penetrante fragancia. Imaginábanse, con esto, aumentar sus encantos y realzar sus gracias. La verdad es que su principal donaire era el rostro, en ocasiones peregrino, que conservaban pulido y sin afeites, pues que tomaban á mal, fingir la belleza de la cara con adornos postizos. La cabellera, de ordinario abundante y larga, la peinaban partida por mitad, con la crencha en medio, y ora lucían única prolongada y gruesa trenza, ó bien formaban con la mata del pelo moño airoso y galano. Lo bien peinado y abundoso del pelo era entre las doncellas motivo de ufanía y orgullo.

La mujer maya cumplía con exactitud, la grave é importante tarea que le corresponde en el cuidado de la casa y familia. Ella preparaba los alimentos cuotidianos, y los buscaba y compraba en

el mercado, el cual se encontraba en la plaza del pueblo. De aquí es que con el mismo vocablo *kiuc* denominaban la plaza y el mercado.

El maíz suministraba la base principal de la manutención: recogido anualmente en la milpa ó en el solar, se guardaba cuidadosamente en trojes fabricadas de madera y cáscara de mazorca. Con él, la madre de familia, el ama de gobierno, la casera, confeccionaban el atole (*zá*), (especie de poleada, que, caliente y endulzada con miel, servía para desayunarse por la mañana), y hacían el pan, que suplía al de trigo en las comidas principales. El hacer este pan era trabajo de operaciones sucesivas, y de no poca fatiga: desde la víspera remojaban el maíz en cal y agua, con que, al amanecer, se encontraba reblandecido y listo para moler en el metate con un cilindro de piedra. Quebrantaban los granos, humedeciéndolos de tiempo en tiempo con agua, hasta convertirlos en una pasta espesa y suave, de modo que pudiesen formar unas grandes pellas; luego la misma molendera se sentaba junto al fogón con las pelotas de blanca masa á un lado, y, formando delgadas tortas, las ponía á cocer adheridas á un comal de barro colocado sobre el fuego: de allí sacaba el pan propio y adecuado para servirse en la comida, y le llamaban *zucuc uah*. No siempre comían este pan tierno y sin condimento; también empleaban el pan añejo (*chuchul uah*), el pan muy seco (*totoch uah*), el pan horneado (*tzuhbil uah*), el pan cocido bajo cenizas (*pemtaan*), el pan mezclado con frijoles molidos (*muxub*), el pan revuelto con jugo de frijoles y chile (*papakzul*), y el pan de maíz nuevo (*chepe*).

Acompañamiento obligado del pan de maíz, era la bebida llamada *keyem* (*posole*): se preparaba recociendo el maíz en agua de cal, y moliéndolo de manera que quedase una masa no tan espesa como la que sirve para hacer el pan, pero lo bastante para que pudiese desleirse en agua, dejando en el vaso algún sedimento. Servíanse estas bebidas en unos vasos llamados *jícaras*, que se hacían de la corteza de un árbol llamado *luch*, que los mayas acostumbraban cultivar en sus casas. Dividían la redonda calabaza en dos mitades, limpiaban cuidadosamente la parte interior de la corteza, la secaban al sol, después de limpia y mondada, y al cabo de algunos días de asolearse, quedaban unas vasijas blancas en el interior, limpias y aseadas. Hermoseaban la parte exterior pintándola de colores, y poniéndole galanos dibujos. Con la corteza de otra fruta más pequeña, fabricaban otros vasillos que destinaban á la conservación de sus bálsamos y unguentos.

Sin contar la bebida del *keyem*, usaban otras bebidas refrigerantes de varias especies, fabricadas ya con sola la sustancia del maíz, ya mezcladas con un poco de pimienta ó cacao: tenían el *kah* (pinole), hecho de maíz tostado, y que molido con pimienta ó cacao, se desleía con agua caliente ó fresca, al gusto de la persona: otras veces le mezclaban cacao y polvo de achiote, y, batiéndolo, echaba espuma, y formaba una bebida de agradable vista, fresca y sabrosa.

Hacían dos comidas al día, pero la principal en la noche, en la cual no faltaban los guisados de legumbres, la carne de venado, aves, y en ocasio-

nes pescado fresco, salado ó en cecina. No comían en familia, sino que los hombres separados de las mujeres: sentábanse en el suelo, y sólo la gente acomodada hacía uso de una estera de paja, de listones blancos ó de colores, que llamaban *pop*.

La inclinación á las bebidas fermentadas perdía como ahora á los mayas: el licor se llevaba tras sí sus corazones, los alegraba y enloquecía. Hacían un vino de miel, agua, y la raíz ó corteza de un árbol denominado *balché*, que cuidaban con cariño en sus patios: con él se embriagaban hasta perder la razón. Eran motivo de borracheras los grandes festines, convites y fiestas religiosas, pues de ordinario acompañaban á estos holgorios, comilonas, músicas y bailes, que terminaban en embriaguez.

Había fiestas de familia, fiestas públicas y fiestas religiosas. Las primeras se verificaban con motivo de los casamientos de los hijos ó deudos, ó para conmemorar hechos de sus antepasados.

El matrimonio, ó *kammicté*, se consideraba como suceso de grave importancia. Los padres, de antemano, se afanaban en buscar entre las doncellas de su lugar, compañeras adecuadas á sus hijos, y, en cuanto era posible las procuraban hallar de análoga condición á la de ellos. Los jóvenes casaderos (*topp zakab yen*), desdeñaban ocuparse por sí mismos en elegir novia, y casi siempre descansaban de este cuidado en sus padres. Estos á su vez se valían de los casamenteros de oficio que había en cada lugar, y que se denominaban *ah-atanzah*, quienes quedaban encargados de sondear la disposición de ánimo, y aun de inclinar la voluntad de la joven en quien se habían fijado, y la de sus padres, y

cuando ya se tenía la seguridad de no ser desairada la petición, los consuegros se visitaban. Convenida la dote y arras, se fijaba el día del casamiento; se preparaba una gran comida, en que los pavos, los venados; los perros, los conejos y las aves selváticas, ocupaban gran lugar: se avisaba oportunamente al sacerdote; se convidaba á los parientes y amigos; y toda la casa de la futura desposada se adornaba con yerbas frescas y olorosas, y con escogidas flores, recogidas en la mañana, de los jardines. Los mayas se complacían en rodear de alegría y regocijo la celebración de este gran acto de la vida, y aun el nombre que le daban es una alegoría poética: llamában al matrimonio, *kamnicté*<sup>1</sup> que, traducido literalmente, significa *el recibo de la flor de Mayo*. El día designado, hacia la hora de la siesta, se reunían la familia y los invitados, presididos por los padres de los novios. Llegado el sacerdote, se dirigía á los esposos, investigaba sus voluntades, y, después de concertadas, entregaba la esposa á su marido, sin más ritualidad.

Mientras en la parte delantera de la casa (*tancab*), los músicos llenaban el aire y ensordecían con el sonido de sus atabales, *tunkules*, flautas de hueso de venado, caracoles, carapachos de tortuga y tamboriles, en la galería sentábanse los hombres de dos en dos, ó de cuatro en cuatro, al rededor de las esteras de junco, y empezaba el festín. Las mujeres servían manjares apetitosos, entre los cuales predominaban las zahinas de maíz, rellenas de la carne del pavo montés y del venado (*kol*). Las doncellas más

<sup>1</sup> Diccionario de San Francisco.

vivas y graciosas escanciaban el *balché*, y lo servían en jícaras, blancas en el interior como la nieve, y en el exterior rojas como la grana, y ostentando figuras esculpidas en la misma corteza. Estas doncellas, después de servir á diferentes grupos sentados en el suelo, volvían la espalda con desdén, y esperaban en esta postura, y con aire de menosprecio, que el vaso servido quedase vacío. En esta costumbre iba envuelto cierto modesto recato que impulsaba á las mujeres mayas á no mirar de frente á los hombres. Conversaba el novio con la novia mirándose al soslayo, ó con los ojos fijos en la tierra, en el muro cercano, ó en las nubes que sobre su cabeza pasaban: parecían como no atender las expresiones que escuchaban, ó como afectar cierta indiferencia ó menosprecio.

Terminaba la fiesta con una borrachera general, en que muchos de los convidados yacían en el suelo tendidos, y á otros los llevaban sus hijas ó esposas á sus casas, vacilantes, tambaleando y haciendo escándalo.

El recién casado permanecía en casa de su suegro por cinco ó seis años, sometido á su potestad, y ayudándole en sus trabajos con dedicación: en esto la opinión era muy rígida, y parecía como si el yerno debiese retribuir, con su servicio personal, la gracia alcanzada de su suegro, al concederle por esposa á la hija de su alma. En tanto grado estaban apegados á esta tradición, que si el yerno por fiero, holgazán ú obstinado, persistía en no compartir los trabajos del suegro, era arrojado con ignominia de la casa paterna, y el matrimonio se disolvía. Al contrario, si el yerno salía bueno, y to-

maba participio, con agrado y firmeza, en las tareas de la manutención de la casa, estaba seguro de ser amado y tratado con agasajo y bondad: la suegra vigilaba con solicitud que su hija tratase á su marido con amor.

Era cosa muy sencilla el matrimonio de los viudos y viudas: no había festin, solemnidad, regocijo, ni asistencia de parientes, ó intervención de sacerdotes: bastaba que la viuda aceptase en su casa al viudo, y le diese de comer, para que se considerase haber verdadero matrimonio: la opinión los tenía por unidos en casamiento; pero el vínculo era tan sutil y quebradizo en este caso, que se soltaba con la misma facilidad y ligereza con que se había atado: con abandonar el viudo á la mujer, el matrimonio quedaba disuelto.

De la educación de los hijos tomaban poco interés los padres y madres, y se puede decir que crecían los niños y jóvenes á su albedrío, como las plantas del bosque: aprendían más por lo que veían practicar á sus mayores que no por enseñanza que se les diese.

Pasaban la infancia en casa y en la calle, mezclados unos con otros, desnudos hasta los cuatro, ó cinco años. Cuando llegaban á la pubertad, se establecía la más completa separación entre los jóvenes y las jóvenes: éstas se quedaban en casa, y aquellos empezaban á asistir diariamente y aun á vivir del todo, en una casa de recreo ó casino, que tenía cada pueblo en la plaza principal, y que era una casa amplia y espaciosa enjalbegada, bien adornada, con techo de paja, y rodeada por todos lados de galerías abiertas. Era el lugar de la cita de to-

dos los jóvenes, el centro de diversiones y pasatiempos, y no pocas veces también servía para otros menos honestos fines: allí se jugaba á la pelota (*pokolpok*), había juego de cañas (*lolomché*), juegos de manos (*eyya*), y otros juegos que se llamaban *cuch-luumchic*, *soclombat*, *tippcuzam*, y además otro juego con unas habas, como á los dados, que llamaban *bul*. En esta casa dormían los jóvenes del pueblo, todos juntos, hasta que se casaban.

Los jóvenes se educaban así en común, y fuera del círculo de la familia, no formando hogar sino hasta que cada joven contraía matrimonio. De aquí provenía una división necesaria de clases por estado, porque, aunque los jóvenes respetaban y reverenciaban á los viejos, poco trato y comunicación tenían con ellos. Desde que el joven se casaba, se consideraba separado del círculo juvenil, y entraba á tratar de igual á igual con los padres de familia, sin que por eso se borrara la consideración debida á los ancianos, porque la reverencia á los mayores ejercía tanto imperio que miraban como grande desacato que un hombre de menor edad, por más sabio que fuese, arrebatase la palabra á su mayor. El anciano tenía siempre de preferencia el uso de la palabra, y así, en cualquiera reunión ó concurso del pueblo, si alguno debía llevar la voz, escogíase para vocero al más anciano: á éste denominaban *chunthan*.

Los jóvenes se distinguían de la gente de edad madura, en el color de la pintura que usaban como afeite: el color negro era su distintivo, en tanto que los padres de familia empleaban el rojo.

Los varones conservaban el apellido del padre

y de la madre: no así las jóvenes, que por el estado de inferioridad en que se tenía á la mujer, ni aun derecho tenían de llevar el nombre de sus padres. Por esta misma preocupación, las desheredaban de los bienes patrimoniales, los cuales pasaban á los parientes varones colaterales más cercanos, cuando los autores de la herencia carecían de descendientes varones.

De aquí también provenía que no considerasen haber parentesco entre los consanguíneos y afines, en cuanto interviniese mujer; y si prohibían el matrimonio con cualquier pariente que llevase el apellido paterno, no lo repugnaban con los parientes de la línea materna, de prima-hermana en adelante. No llevaban sin embargo la lógica hasta el extremo, porque encontraban impedimento para casarse con la cuñada, viuda de un hermano, con las madrastras, con las cuñadas y con las tías, hermanas de la madre: restos de las repugnancias naturales á la unión entre personas que el respeto ó la honestidad separa.

No obstante, no eran tan pulcros en conservar el vínculo matrimonial, porque, aunque jamás aceptaron la poligamia simultánea, repudiaban con frívolos pretextos á sus mujeres, y convolaban de ligero corazón de unas nupcias á otras. No ciertamente que lo considerasen lícito y honesto: los ancianos y gente de buenas costumbres lo afeaban; mas la pasión predominaba sobre el sentido moral, sobre todo, no habiendo qué temer sanción alguna de la ley.

De aquí que no era extraño el encontrar con frecuencia la pasión de los celos en las mujeres.

Si bien de índole mansa, salían fuera de sí, á la sospecha siquiera de infidelidad la más leve; entonces, de dóciles y humildes, se tornaban impetuosas, arrebatadas, coléricas; su enojo no conocía freno, y llegaban hasta á poner la mano airada en la causa de su desdicha: si el marido lo dejaba, no saciaban su saña, sino hasta arrancarle los cabellos sin conmiseración.

Fuera de esta pasión de los celos, que las convertía en fieras; eran las mujeres mayas, trabajadoras y hacendosas, y muy dedicadas al cuidado de sus casas. Su ocupación era hilar algodón, tejer mantas, hacer labores de plumas para sus prendas de vestido, y preparar los alimentos. A veces acompañaban á sus maridos en las labores agrícolas: la siembra y cosecha del maíz, la recolección de las legumbres, y la castra de las colmenas, no eran operaciones ajenas á su estado, y en ellas acompañaban á sus esposos, dándose á sí mismas placer y satisfacción.

Cuanto las madres eran descuidadas con la educación de sus hijos, tanto mayor celo mostraban en la enseñanza de sus hijas: las hacían huir de la ociosidad, las castigaban cuando culpadas, y cuidaban con eficaz vigilancia de acostumbrarlas á la modestia y honestidad; y tanta importancia daban á la educación maternal, que tenían como grave palabra de reprehensión y como nota de baldón, decir á una mujer *xmaná*, es decir, *mujer criada sin madre*.

Sea por conmiseración, pudor, ó por ajustarse á la costumbre, la mujer maya, si bien devota, jamás asistía á los sacrificios horrendos y torpes, im-

puestos por el culto idolátrico que, sin discrepancia, extendía su ominoso yugo en la península: asistían á los templos cuando no debía practicarse ningún sacrificio humano; mas, si había víctimas humanas, ó bailes indecentes, les estaba prohibido todo acceso á los lugares sagrados. El triste privilegio de asistir á tan repugnantes escenas, y de hacer papel en ellas, estaba reservado á los hombres, y á unas decenas de viejas feas, mugrientas y despreciables, que, como desecho del sexo, eran relegadas al oficio de bailarinas sagradas.

Los bailes mayas, como en todos los pueblos bárbaros, estaban salpicados de pasos lascivos, especialmente los que se celebraban en los templos, pues en todo culto idolátrico se nota la mezcla de la crueldad sangrienta, con la obscenidad desvergonzada. En estos bailes, no tomaban parte las mujeres honradas, las cuales bailaban en sus casas, pero por lo común sin acompañamiento de hombres. Apenas había un baile, que llamaban *naual*, en que bailaban promiscuamente hombres y mujeres, y con excepción de este, la separación de sexos se guardaba sin alteración. Así como bailaban las mujeres separadas de los hombres, así comían lejos de ellos. Aun en la embriaguez, se aislaban de los hombres: gustaban del *balché*, ó hidromel, pero excusaban la presencia del marido ó de sus amigos, para catarlo. Era, por esto, la embriaguez, un vicio menos común en las mujeres.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Landa. *Relación de las cosas de Yucatán*.

## CAPITULO IX.

Comercio.—Unidad del idioma.

Entre las industrias que ejercían más atractivo en la raza maya, no puede olvidarse el comercio, pues venciendo los grandes obstáculos que se oponían á su expansión y desarrollo, los mayas se entregaban á él con verdadera pasión. Carecían de buques adecuados para el transporte de efectos, y apenas los suplían con inseguros esquifes; estaban privados de bestias de carga, y ellos mismos llevaban á costas sus mercancías; tenían pocos caminos, y se los abrían á su paso por las selvas. Y, á pesar de tantos estorbos, había tráfico por el sudoeste con Tabasco, y por el sudeste con Ulúa y los demás pueblos de la moderna Honduras. Por el mar, por los ríos, ó por tierra, llevaban sal, pescado, copal, mantas de algodón y esclavos; y traían á su país, en cambio, cacao, cuentas de piedra, esclavos y conchas coloradas.

Los caminos que conducían á Tabasco y Tegucigalpa estaban poblados por trajinantes: utilizaban la mar y los ríos, como medio de comunicación, y sus canoas, ligeras y veloces, surcaban el golfo de México y el Mar de las Antillas, llevando los productos mayas, y acarreado los de las islas, costas y riberas circunvecinas.